

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Luis Romani
luisromanluisroman9@gmail.com

“Peligroso el orgullo: encuentro con Jazz Bustamante”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 62, octubre-diciembre de 2022, pp. 33-36.

ISSN: 01855727
Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

A esta parte de Boca del Río la llamo el Beverly Hills. Es el bulevar que lleva a los patinadores, que se deslizan junto a su cachorro Pomerania, desde los residenciales con piscinas y yates hasta el malecón con la franquicia cafetera más antigua del estado. Manuel Ávila Camacho es el cemento umbilical que conecta dos municipios mellizos, bastardos, que a veces se niegan o se contradicen, pero son uno ante el mundo.

Esa es la reflexión que se me ocurre mientras voy en taxi a reunirme con Jazz Bustamante Hernández, la primera candidata trans por una diputación plurinominal en el estado. Nos reuniremos allí, en el lugar con más crímenes de odio, el 48.8% de los registrados en todo el país, con la sensación térmica a 34° y la algarabía del centro turístico: Veracruz Puerto.

Mayo de 2021

–Quiero empezar con un evento importante en tu vida: ¿Por qué decides seguir el camino del activismo? –le pregunto a Jazz: morena, 1.69, cabello largo, delineado que se enfatiza con su vestido y sus botas negras.

–No lo decides. Es una pregunta muy común. Me dicen, ¿de dónde te llega eso de aferrarte a defender una idea? Creo que se va dando. Se fue dando porque lo viví con mi mamá; ella tenía una relación muy comunitaria con las vecinas.

La voz de Jazz es definitiva, como si cada respuesta hubiera sido preparada en un idioma de terminología política. En la colonia donde creció no había ni bardas ni puertas. Los vecinos de al lado, de enfrente, doña Luisa, sus hijos, sus nietos, todos tenían una convivencia de familia. Si faltaba el azúcar, se compartía; si faltaba el aceite, se prestaba; si alguien

PELIGROSO el orgullo: encuentro con Jazz Bustamante

Luis Romani

Los reportes de crímenes de odio nunca han disminuido; varían: 12 mujeres trans, 11 gays, 5 lesbianas, 1 hombre trans. Los sitios también cambian: 7 en Coatzacoalcos, 4 en Minatitlán, 3 en Papantla, 2 en Poza Rica. Los medios, igual: 10 con armas de fuego, 8 con arma blanca, 2 de mutilación, 3 con formas mezcladas.

cocinaba pozole, todos en la cuadrada comían. Su hermana Irene se la pasaba gestionando; si se moría un vecino, se iba a buscar el ataúd. Jazz vio a su hermana mayor convertirse en jefa de manzana, en coordinadora seccional, de distrito y luego en diputada federal.

–Estos dos pilares, mi mamá y mi hermana, fueron esenciales para que yo pudiese crecer con un sentido de empatía. También fueron actitudes que tomé cuando iba a la iglesia. Cada fin de semana iba a hacer labor social. Les llevaba comida a las personas del Parque Zamora, reconocido aquí porque es donde se prostituyen o, mejor dicho, ejercen el trabajo sexual, hombres, mujeres, gays, trans y jovencitos. Esas acciones me fueron dando pauta para ayudar, y me encantaba.

Jazz ha destapado una botella de Coca-Cola, se refresca. Su nombre tiene concepto de género musical. Es simple, peculiar. A veces le inquieta que la gente no pro-

nuncie la “j” correctamente; tiene que decirse, dice, como si fuera “y”. En la narración de su adolescencia empiezan a aparecer la Patilú, Patrish, la Televerina, Gisele, estilistas con las que fue descubriendo o, mejor dicho, redescubriéndose a sí misma.

–Fui a la secundaria abierta y ahí comencé a juntarme con varias amigas trans. Ellas me jalaban, “vente para acá, tú vas a ser vestida porque se ve que tienes la nariz así”. En ese entonces yo *joteaba* mucho, “ya te vi, te queda bien esto”, pero no en el sentido burlesco, sino que era una persona muy femenina; por mis facciones, mis movimientos, creo que ni siquiera *joteaba*, ¿sabes?; era un ser femenino desde pequeña. A los ocho años ya me había travestido un montón de veces. Hacíamos competencias con mi mejor amigo. Yo cantaba con un vestido largo, de olanes, y Efrén era mi chambelán.

Dimos un salto en el tiempo. Vienen las estampas, las preguntas

atravesadas, los momentos importantes para que Jazz un día llegara al activismo.

—En Veracruz había un grupo de defensores de los derechos humanos que se juntaban a discutir, entre ellos el maestro René Barffusón. Yo jalaba mucho con él porque encontré un espacio para hablar de sexualidad. Los grupos de debate que conocía eran el carnaval o el antro o dónde ligar, cosas que obviamente hacía, pero luego necesitaba inspirarme. Yo estudié psicología, irónicamente, en una escuela privada, pero ni me gradué. Hubo un pleito, justo por mi cambio; quería que me dieran el título como chica, metí un recurso legal y el tema se volvió complicado.

El tema de la política le llegó en 2014, cuando ganó una beca en el Senado de la República, gracias a una convocatoria de defensoras y activistas para la diversidad sexual.

—Ahí conocí a Antonio Medina Trejo, Diana Sánchez Barrios, Carlos García de León, a la muxe Amaranta Gómez Regalado, personajes del activismo, dijeran acá en México, vacas sagradas. Me tuvieron en la mira porque fui muy insistente con el trabajo que se estaba haciendo en Veracruz. Sin tener recursos aquí ya teníamos un protocolo de actuación, diagnósticos, estábamos generando estadísticas. No pasó ni un año y el PRD me mandó a llamar. No sabía mucho de política, pero era una idealista. El presidente estatal del partido, Franco Castán, que ahorita está en la cárcel, dijo: “le vamos a crear un cargo de subsecretaria, con labores de secretaria, con sueldo y recursos para que se mueva como secretaria, pero no quedará constado oficialmente en el documento para que no tenga voto en el consejo estatal”.

—A mí no me interesaba estar como consejera del partido —sigue Jazz—; hoy sé que hubiera sido

importante influir. El caso es que acepté. Tenía recursos para pagar asesores chingoncísimos, con doctorado; Laura, mi abogada, con maestría. Trabajamos cinco propuestas de ley. Dos de ellas se aprobaron por el tema de crímenes de odio; otra para sancionar la discriminación en temas de salud; otra para los que discriminen por la orientación sexual e identidad, única en todo el estado que habla de la expresión de género. No le dieron importancia en su momento, pero recuerda que la expresión de género habla de las personas queer; nos adelantamos muchísimo. Todas las bancadas votaron a favor. Salí en revistas empresariales, pero cuando se aprobó esa iniciativa fue cuando más aumentaron los crímenes. Ese año lo cerramos con 29 registrados y un montón que no se pudieron rastrear.

Los reportes de crímenes de odio nunca han disminuido; varían: 12 mujeres trans, 11 gays, 5 lesbianas, 1 hombre trans. Los sitios también cambian: 7 en Coatzacoalcos, 4 en Minatitlán, 3 en Papantla, 2 en Poza Rica. Los medios, igual: 10 con armas de fuego, 8 con arma blanca, 2 de mutilación, 3 con formas mezcladas. Todo en Veracruz. Y estas cifras son solo las que registran los Observatorios. El resto se sabe de boca en boca, a través de periódicos locales: otro homosexual fue ahorcado, una mujer trans apareció descuartizada, dos menores de edad molidos a golpes en Álamo. Si hay presión de la familia se inicia el caso, mediático; si nadie reclama, con suerte se agrega a la estadística. Pero lo que más obsesiona a las activistas es transmitir el relato y un vínculo familiar a cada número; ni las carpetas de investigación ni las cifras pueden dar constancia de los sueños que fueron arrebatados.

—Luego de ese fracaso me vol-

ví ermitaña. Empecé el tema de la asociación civil. La vez que agarré el micrófono con el de la ONUSIDA, un venezolano felicitó a Amaranta (“¿Quién era esa jovencita?”) por el discurso que di: “las mujeres trans ya debemos dejar de ser paternalistas y tomar la voz, estar al frente. Somos a las que más matan, a las que más nos torturan y no hay quién hable por nosotras”. Acá en Veracruz, somos un municipio, entre comillas, muy *gay friendly*, pero es un municipio panista al fin y al cabo; igual Boca del Río. No importa quién esté en el poder; permea todavía el fundamentalismo religioso, lo vimos ahora con el Bar Paraíso.

Tras ser clausurado a principios de mayo, una lona fue puesta en la entrada del establecimiento: “Los residentes de La Colonia Zaragoza agradecemos al H. Ayuntamiento de Veracruz por ayudarnos a mantener nuestra Colonia LIBRE DE RUIDO, ESCÁNDALOS Y MALAS PRÁCTICAS COMO EL HOMOSEXUALISMO”.

Muchos hombres de todo el país, chilangos, norteros, vienen a vacacionar en época de cuaremas, carnaval o fin de semana. Todos llegan con la imagen de que aquí es una ciudad con fiesta, cocos y caguamas en cada playa; de turistas extranjeros, o xalapeños que se sienten de muy lejos; hombres que buscan diversión barata, rumba, mujeres que bailan cuando suena la batucada; una ciudad jocosa y caliente, caribeña, algo de cubana; llena de cuerpos de la costa que hablan con acento costero y se les nota; el mar se les huele. Vienen hombres que saben que aquí hay hombres cachondos todo el tiempo. Veracruz es el sitio donde puedes ir a todos lados con traje de baño, y claro, es un paraíso super violento y místico. Y es verdad, Veracruz es eso, todo, lo falso, lo real; es la imagen que se ha vendido de sí mismo.



Jazz Bustamante. Foto tomada con autorización de la cuenta de Twitter @tv_yazi

–Antier doné para un velorio –dice Jazz. –Me dijeron “ven, vamos a tomarnos la foto”. Ese tipo de cosas no me gustan. Antes no hacía público nada de labor social, pero ahora me lo recomiendan. “Es que tu personalidad se ve fuerte y necesitan ver que eres simpática”. Solo se tiene la imagen de la Jazz que demandó al Frente por la Familia.

La Jazz Bustamante de las redes sociales es uno de los personajes veracruzanos más controversiales de los últimos años, incluso a nivel nacional: *Yazz* la polémica, la pseudoactivista, la peluquera, la que usa arracadas y se peina como Frida Kahlo, la que sube fotos en lencería, la que intenta bailar salsa en los videos, la que dialoga mientras come, la que escribe, la que se queja, la referente de los derechos humanos, la que elabora las estadísticas a mano aun cuando tiene becarios. La *Yazz* que a todos demanda, con todos se pelea y hace escándalo por nada; “la *Yazz* que me ayudó a tener un acta de nacimiento con mi nombre, y espero se acuerde de mí”.

–La última vez hice una transmisión en vivo cuando fui al tanguis, y me dijeron las compañeras trans: *¿Verdad que eras tú? Luego te veía, pero me daba pena saludar*. Somos muchas. Yo trato de apoyar a todas, a las que puedo. Me ven como muy cabrona. Pareciera que soy independiente, pero tengo mucho arraigo, más con mi mamá, tiene 64 años; papá cumplió 91. Como que tengo esa carga emocional, ¿sabes? He tenido muchas oportunidades de irme. Me invitaron a Países Bajos, Argentina, Canadá, España; en ningún lado acepté. Hay muchas cosas por hacer aquí.

–¿No te da miedo que se repita un ataque?

–El miedo siempre está. Cuando estoy en mi departamento tengo miedo, volteo a la ventana y veo pasando el mismo carro, una misma persona da vueltas, la veo sacando una pistola, disparándome. Esa visualización es recurrente, quiero borrarla, porque si lo pienso lo voy a atraer. No puedo estar más de cuatro años en el mismo lugar, solo a personas de mucha con-

fianza puedo decirles dónde vivo; debo tener siempre una salida de emergencia; mandar mi ubicación cuando ande sola, son cosas de mi diario. Mi manera de interrelacionarme cambió por la inseguridad.

–Antes de conocernos personalmente, yo había investigado las entrevistas que le hicieron. Todas se concentraban en su labor con la asociación civil “Soy Humano, A. C.”, su lucha contra las ECOSIG, la historia de su calvario en una terapia de conversión, así como el atentado que sufrió en 2014: Jazz estaba sola en su negocio, cortaba pelo, ofreció el baño; ser buena gente hizo que la asfixiaran mientras el agresor recitaba versículos bíblicos. A todas esas entrevistas las inauguraba la misma premisa sobre el carácter: “¿Cómo es que te apasionan los crímenes de odio?” La respuesta de Jazz siempre era certera: “porque soy una sobreviviente de ellos”.

–Sí quiero conocer países –me contó–; quiero viajar un chingo, pero no huyendo. Soy muy orgullosa. Desciendo de una familia



Johnnie C'alladhan: 381

de matones; papá cargaba pistola y tiene una operación en la pierna por un balazo. Vengo de personas con mucho orgullo, y es demasiado peligroso el orgullo. Hace años quedé mal parada por pedirle resultados al gobernador. Estaba así con los nervios de que me iban a levantar. No me quedó más que guardar silencio. Hoy sé que hice lo correcto... quedé como tonta, la pendeja que insultó al gobernador y la mandaron a la chingada de un buen trabajo. Me tragué el orgullo, pero hasta hoy he podido preservar la vida.

Nos levantamos de la banca y empezamos a deambular por el malecón, entre bullas infantiles, burbujas, vendedores de perfumes, mujeres que te quieren leer la

mano, neveros, chicos que se arrojan al mar a buscar una moneda, música tropical, reguetonera, sirenas parpadeando, cacalás con mayonesa, olor de elote con chile y el sonido de los coches al derrapar.

—¿Cómo es el tema de la candidatura?

—La candidatura es un proyecto premeditado. Creamos un equipo desde hace dos años, pero no soy candidata de mayoría relativa, soy plurinominal. Yo sí quería ser de mayoría porque a mí sí me emociona eso de hacer campaña con la gente, no con la expectativa de ganar, pero sí de intentarlo. Es una mentira eso que dicen de que soy “la primera”; no soy la primera. La primera en el estado, quizá, en el país no; ya estuvo Amaranta,

ya estuvo Gloria. Pero cuando nos lanzamos nosotras como que empezaron a destaparse varios y varias, y creo que es importante esa parte; saber que muchas personas de las disidencias sexuales queremos participar en la política. Nos hacen falta tablas, sí, hace falta capacitarnos, pero creo que en dos procesos más vamos a haber personas con perfiles idóneos que no solo sean plurinominales, sino que luchemos por el voto desde abajo. No hemos visto propuestas de matrimonio igualitario, de identidad, seguridad; al tema laboral no le han entrado tanto y es el más importante: si no tienes trabajo, ¿cómo? ¿Cómo vas a poder ser una persona que pueda desarrollarse en su todo? Y si el Estado no te garantiza seguridad, ¿entonces qué?

Terminamos la charla con una despedida informal y la promesa de ir por un café. Eso fue quince días antes de las elecciones, cuando la economía apenas parecía regresar de la pandemia. Jazz no ganó. No se lograron los votos suficientes. A mitad del verano decidimos juntarnos. La mañana del encuentro recibí su mensaje: “Querido, no podremos vernos, surgió un problema complicado, espero pronto pueda decirte”. Esa noche, el 18 de julio de 2021, Jazz Bustamante publicó un comunicado. Cinco hombres la habían encañonado en su negocio, le mostraron fotografías con las casas de sus familiares y le dieron 24 horas para marcharse del Puerto. Ahora solo la veo sonreír en *selfies*, en algún lago, en un país con nieve. **LPyH**

Luis Romani es graduado en Letras por la UV; formó parte del taller de escritores de la Universidad Finis Terrae, y de *Sarao, Historias Mexicanas LGBTQ+*, Colección 2022. Es creador de contenido en *Preciosos Bastardos: el podcast de escritura útil*.